LOS ALCANCES DEL CRESCIMIENTO ECONÓMICO. POBREZA Y ALIMENTO ESCASO EN LA ARGENTINA AGROEXPORTADORA (CÓRDOBA, FINES DEL SIGLO XIX E INICIOS DEL XX)*

*Fernando J. Remedi***

Resumen. La provincia de Córdoba, en el centro geográfico de la Argentina, hacia fines del siglo XIX e inicios del XX experimentó un fuerte y sostenido crecimiento económico, por su inserción en el modelo primario-exportador entonces dominante. El crecimiento supuso un incremento del bienestar general de la población, pero que se distribuyó de modo desigual entre los grupos sociales. El objetivo de este trabajo es efectuar una primera aproximación al acceso a la alimentación de los sectores de menores recursos, que es un claro y muy significativo indicador de las condiciones sociales que enmarcaron la expansión económica y de sus límites.

Palabras clave: historia social; pobreza; condiciones de vida; alimentación; consumo.

THE REACHES OF ECONOMIC GROWTH. POVERTY AND FOOD SHORTAGE IN AGRICULTURAL EXPORTING ARGENTINA (CÓRDOBA, LATE 19TH AND EARLY 20TH CENTURIES)

Abstract. The province of Córdoba, located in the geographic center of Argentina, experienced strong and sustained economic growth during the late 19th and early 20th centuries, as it was inserted in the then-dominant primary exporting model. Growth led to an increase in the general welfare of the population, but which was distributed unequally among different social groups. The objective of this work is to attempt a first survey of the access to food by the least affluent sectors, as it is a clear and very significant indicator of the social conditions that marked the economic expansion, as well as its limits.

Keywords: social history; poverty; living conditions; food; consumption.

* Artículo recibido em 30/9/2007 e aprovado em 25/7/2008.

** Doctor en Historia. Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti" - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Córdoba. Argentina. E-mail: fremedi@yahoo.com.ar

ALCANCES DO CRESCIMENTO ECONÔMICO. POBREZA E ESCASSEZ ALIMENTAR NA ARGENTINA AGRO-EXPORTADORA (CÓRDOBA, FINS DO SÉCULO XIX E COMEÇOS DO XX)

Resumo. Entre fins do século XIX e início do XX, a província de Córdoba – localizada no centro geográfico da Argentina – atravessou por forte crescimento econômico devido à sua inserção ao modelo agro-exportador dominante à época. Este desenvolvimento supunha um incremento do bem-estar geral da população; porém, teve uma distribuição desigual entre os diferentes grupos sociais. O objetivo deste trabalho é efetuar uma primeira aproximação sobre como foi o acesso dos setores de baixos recursos à alimentação, tomando-o como um claro e significativo indicador das condições sociais que caracterizaram a expansão econômica e seus limites.

Palavras-chave: história social; pobreza; condições de vida; alimentação; consumo

INTRODUCCIÓN

Desde las últimas décadas del siglo XIX, la provincia de Córdoba, enclavada en el centro geográfico de la Argentina, es una realidad histórica en transición, marcada por un fuerte y sostenido crecimiento económico -de base agropecuaria y primario-exportadora- y una rápida y amplia modernización que involucró transformaciones mayores en la economía, la vida social, la cultura y la esfera política, evidentes, entre otras cosas, en la significativa y sostenida expansión y diversificación de las fuerzas productivas, cambios profundos en transportes y comunicaciones, un importante aumento demográfico vegetativo e inmigratorio, una notable y veloz urbanización de la ciudad capital y algunas localidades del interior, la expansión de la cantidad y género de los bienes culturales disponibles, la incorporación y difusión de nuevos patrones de comportamiento social, la creciente institucionalización del Estado y el logro un orden político-institucional estable.

Pese a la pluralidad e intensidad de los cambios que acarrearón el crecimiento económico y la modernización, hasta hace muy poco tiempo, la historiografía económico-social de Córdoba referida a fines del siglo XIX e inicios del XX se mantuvo preocupada, casi exclusivamente, por la evolución de la producción agropecuaria y los diversos aspectos y

circunstancias afines a ella en el marco de la economía agroexportadora; en contrapartida, se mostró poco interesada por rescatar, por debajo de las estadísticas, tablas y curvas, al *hombre de los trabajos y los días* que con su acción cotidiana contribuyó a la expansión económica y la modernización. En este sentido, este trabajo intenta ser un modesto aporte para una lectura en *clave social* de esos procesos amplios y de las transformaciones que promovieron hacia el cambio del siglo XIX al XX. Esta perspectiva permea nuestra línea de investigación de largo plazo, preocupada por aprehender cómo los distintos grupos sociales -en particular los pobres- experimentaron cotidianamente los procesos amplios que marcaron la realidad cordobesa de ese período, tras el intento de ofrecer una visión menos descarnada de algunas de las grandes transformaciones que acarrearón y contribuyeron a la construcción de una historia que llame la atención sobre sus costos sociales.

Hacia fines del siglo XIX e inicios del XX, el crecimiento económico representó un incremento del bienestar general de la población de Córdoba, pero que se distribuyó de modo desigual entre los grupos sociales. Esto es perceptible en una temática sensible para el conjunto social como son las condiciones materiales de existencia y, en particular, la problemática alimentaria. En este marco, aquí se efectúa una primera aproximación al acceso a la alimentación de los sectores de menores recursos, que es un claro y muy significativo indicador de las condiciones sociales que enmarcaron la expansión económica experimentada por la Córdoba de entre siglos.

El intenso y sostenido crecimiento económico fue acompañado por una notable expansión cuantitativa y cualitativa de las disponibilidades de comestibles, que ofreció a los cordobeses la posibilidad de contar con un régimen cotidiano más abundante y de mayor diversificación. Sin embargo, las ventajas de esta situación no pudieron ser aprovechadas por todos en la misma medida, porque en el contexto considerado la problemática alimentaria no remitía al volumen global de las existencias, sino al acceso efectivo a ellas por los distintos sectores sociales. En este sentido, la existencia cotidiana de los trabajadores y, en particular, su alimentación soportaban cierta variabilidad, siendo muy sensibles a las fluctuaciones económicas, por la inestabilidad y precariedad laborales propias de la realidad histórica examinada. En este contexto, crónica o eventual, la escasez alimentaria formó parte de la existencia cotidiana de muchos cordobeses de los sectores populares entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras

del XX, aunque su intensidad y difusión social evidenciaron fluctuaciones conforme variaron las coyunturas económicas.

EL ALIMENTO ESCASO Y LOS POBRES

El significado más evidente de la escasez alimentaria remite a una cuestión eminentemente cuantitativa, es decir, al volumen de comestibles ingeridos. Las fuentes consultadas en general carecen de referencias concretas y contundentes sobre el déficit alimentario de los sectores populares y, cuando aparecen, suelen estar teñidas de un fuerte impresionismo; en contrapartida, son abundantes las alusiones a las consecuencias sanitarias que tenía en los trabajadores una alimentación estimada insuficiente. En este marco, nuestro examen de la escasez dietaria se sustentó, primordialmente, en el análisis de un pequeño conjunto de canastas de consumo de familias de los sectores populares, en su amplia mayoría de muy bajos ingresos, correspondientes a los años 1913 y 1917, rescatadas de un par de informes oficiales sobre la situación de los trabajadores en Córdoba (LUDEWIG, 1913; NIGRO; SILVA, 1998). En general, pero no siempre, los testimonios aluden a la actividad remunerada de cada uno de los cónyuges, esté o no empleado al momento de la encuesta; así, dentro de lo que se puede determinar, el universo considerado comprende: un obrero oficial carpintero, un par de obreros ferroviarios, un peón jornalero, un portero, un albañil, unas cuantas trabajadoras de la confección a domicilio (costureras y aparadoras de calzado), al menos una lavandera y un lustrabotas.

La información provista por las once canastas examinadas es desigual y sólo seis permiten indagar con mayor profundidad, abordando desde el punto de vista cuantitativo la globalidad del gasto en alimentos y también su desagregación en distintos rubros -al menos en los más significativos- que lo componían. El análisis se concentró en cuatro variables. Las dos primeras, la gravitación de las erogaciones en alimentos sobre el gasto familiar global -que en la mayoría de los casos sólo contempla alimentos y vivienda- y el gasto en comestibles *per capita*, pudieron ser consideradas para las once canastas; las otras dos, la representatividad de los principales renglones alimentarios en el gasto total en comestibles y la erogación *per capita* correspondiente a cada uno de aquéllos, sólo fue factible abordarlas en el subconjunto de seis canastas familiares. En todos los casos, las cifras aluden a una periodicidad mensual.

El examen de la primera variable muestra, como era esperable tratándose de sectores populares, una participación mayoritaria del gasto en alimentos sobre las erogaciones familiares totales, proporción que en general tiende a ser mayor a medida que los ingresos son menores, variando entre 64% y 100%. El guarismo más bajo está representado por una familia trabajadora de mayores posibilidades, de siete integrantes, dos aparadoras de calzado y dos empleados en el ferrocarril, que disponían nada menos que de cinco habitaciones. En el otro extremo se ubicaba el matrimonio de una aparadora de calzado y un albañil -en ese momento desempleado-, con dos hijos, propietarios de la vivienda que ocupaban, cuyas necesidades sólo se cubrían cuando ambos trabajaban; cuando se efectuó la encuesta destinaban todo su ingreso a la compra de alimentos. Apenas por debajo de ellos, pero con una situación mucho más precaria, se hallaba el núcleo familiar compuesto por una costurera, su madre y tres niños, cuya alimentación absorbía el 96% de su ingreso, viviendo en una habitación facilitada por una entidad benéfica. El portero, exonerado de renta, gastaba el 87% de su remuneración en la manutención de su extensa familia, integrada por su cónyuge y siete hijos. Inmediatamente después se ubicaban un obrero aparador de calzado y su esposa, junto con sus cuatro hijos, que vivían en dos habitaciones arrendadas y consumían el 82% del ingreso familiar en la compra de alimentos; soportaban desequilibrios presupuestarios crónicos, que en parte paliaban con las actividades de lavado de ropa de la mujer y empeños y créditos impagos al momento de la encuesta.

La evaluación del gasto en alimentos *per capita* ofrece una referencia sobre las desigualdades en el volumen de la ingesta. En general, se percibe que su nivel tiende a incrementarse a medida que disminuye el tamaño del núcleo familiar. Esto se observa con nitidez en los tres casos de 1913: mientras el promedio de gasto era de 20 pesos para la familia del oficial carpintero (tres integrantes), para la del jornalero (cuatro integrantes) era de 9 pesos y para la del portero (nueve integrantes) sólo llegaba a 6 pesos, siendo entonces 70% y 33% menor que en el primer y segundo caso respectivamente. Dentro de las trabajadoras a domicilio también hay sensibles diferencias que esbozan idéntica tendencia: en tres familias de cuatro miembros cada uno consumía en promedio entre 10 y 15 pesos, 7,50 pesos en una de seis y sólo 6,60 pesos en una de cinco.

Las dos variables restantes, consideradas en el universo más reducido de seis canastas, ofrecen algunas tendencias sobre la composición de la dieta de los sectores populares y sus variaciones.

El examen de la significación relativa de los distintos renglones de alimentos dentro de la erogación total en este género de bienes muestra una relación inversamente proporcional entre la participación de los rubros más básicos (tríada carne-pan-leche) y el poder adquisitivo familiar, porque es mayor a medida que este último disminuye. Esto permite inferir una mayor diversidad y riqueza del régimen alimentario de los trabajadores más favorecidos con respecto a los más modestos. Es elocuente la comparación de cinco casos: la familia del oficial carpintero, la del peón jornalero, la del portero y las de dos costureras. En las dos primeras, la tríada básica representaba el 46% de la erogación alimentaria global, en la tercera el 63%, en la cuarta el 68% y en la última el 53%. Además, un rubro muy significativo estaba formado por la yerba mate y el azúcar, que por sí mismo representaba el 25% en el caso del jornalero, 23% en el de una costurera, 22% en otra del mismo gremio y 15% en el del portero; en el caso del oficial carpintero, el rubro no aparece consignado de manera autónoma.

En suma, considerando globalmente la tríada básica y la dupla yerba-azúcar, los porcentajes se elevaban a 71% en la familia del jornalero, 77% en la del portero, 91% en la de una costurera -la que estaba en situación general más precaria- y 75% en otra trabajadora de este gremio. Otro rasgo que pone en evidencia la pobreza de la mayoría de estas familias es la muy significativa participación que tenían las papas en el gasto en comestibles, porque ellas solas absorbían el 3% del presupuesto alimentario del jornalero y el 7% del correspondiente al portero. En este último caso, las papas tenían un valor altamente estratégico, porque su precio relativo módico las convertía en una alternativa alimentaria sumamente atractiva para una familia tan numerosa -nueve miembros- y con un muy bajo ingreso total.

Siempre en el nivel agregado, se percibe que el gasto en carne no presentaba muy fuertes fluctuaciones entre las seis canastas, oscilando entre 21% y 31% (jornalero y costurera más pobre respectivamente), pasando por el 30% (otra costurera) y el 25% (portero, costurera, oficial carpintero). En cambio, en la significación del pan hay sustantivas diferencias, que van desde sólo el 10% (oficial carpintero) hasta el 22% (portero) o 26% (costurera). En este último caso, el típico recurso alimentario de muchos cordobeses pobres, el pan y el mate, debe haber sido parte importante de la dieta cotidiana, si nos atenemos a que ambos representaban el 55% del gasto global en comestibles. La familia, compuesta por la costurera, una hermana que le ayudaba, un hermano

desempleado y su madre, según la encuesta enfrentaba dificultades financieras, teniendo un ingreso de 99 pesos y deudas y empeños por 76, pese a llevar una “vida ordenada” y realizar “más trabajo que el humanamente admisible”, lo que hacía que la salud de estas trabajadoras dejara mucho que desear (NIGRO; SILVA, 1998, p. 322-323).

Finalmente, al considerar el gasto alimentario por rubro *per capita*, la aparente paridad en el consumo global de carne se desvanece, porque en este renglón es donde la brecha es mayor: para la familia del oficial carpintero el promedio era de 5 pesos, para la del portero y la del peón jornalero sólo llegaba a 1,50 y 1,88 pesos respectivamente. En términos de pan, la brecha se reduce, pero entre esos tres casos nuevamente el más favorecido es el oficial carpintero (2 pesos) frente al portero (1,33 pesos) y al jornalero (1,50 pesos). Cuando se observa el gasto en leche, queda claro que los hijos de las familias más numerosas y, a la vez, más humildes, llevaban la peor parte. Esa erogación era de un peso en la familia del portero (siete hijos), 1,50 en la del jornalero (dos hijos) y 2,23 en la del oficial carpintero (un hijo).

El problema del déficit alimentario que soportaban los pobres también estaba presente en el interior de la provincia. A inicios de la década de 1870, las sequías que en distintos años se abatieron sobre departamentos del noroeste -Tulumba, San Javier- pusieron de manifiesto la vulnerabilidad de los más pobres, que debieron enfrentar a la vez la falta de ingresos y una notable caída en las disponibilidades locales de comestibles, debiendo concurrir la beneficencia de la ciudad de Córdoba para paliar las necesidades del momento (EL ECO...1872a; 1872b; 1872c). En circunstancias similares, una década más tarde, los más pobres de Villa Dolores, en San Javier, llegaron a “devorar con ansia” la carne provista por animales muertos por patologías, aun cuando llevaban dos o tres días de fallecidos, mientras que la administración comunal repartió raciones de carne “entre los menesterosos [...] agolpándose todos los días una inmensa cantidad de gente a la casa del Sr. Soto, que es el encargado de hacer esta distribución” (EL ECO... 18880, p. 2).

Estas circunstancias excepcionales contribuían a revelar las precarias condiciones de existencia en las que desenvolvían su vida muchos habitantes del noroeste cordobés y, a la vez, tendían a agravarlas temporalmente. En realidad, durante todo el período, los sectores populares del noroeste provincial experimentaron una situación de marginalidad económica y atraso que condujo a buena parte de ellos a migrar -por lo menos estacionalmente- hacia la ciudad de Córdoba y los

departamentos del sudeste agro-exportador, en busca de oportunidades de trabajo y mejores remuneraciones. Ese "éxodo silencioso" que cada año, en la época de cosechas, se dirigía hacia el sudeste cordobés era - como lo apuntaba un periódico- "algo más que el fenómeno económico de la demanda momentánea de brazos, [...] la manifestación de un estado social grave [...]" (LA LIBERTAD, 1900, p. 1). En los pobres del noroeste, las migraciones estacionales estaban integradas a sus estrategias de supervivencia, porque les permitían obtener trabajo, dinero y, a la vez, disminuir temporalmente la presión familiar sobre los recursos alimentarios disponibles en el hogar. En su detallado informe de época, Juan Biale Massé hizo notar que en el norte de Córdoba -y en las vecinas provincias de Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja- la comida era siempre locro, puchero y, cuando había, asado, de modo que la gente de esos sitios estaría bien, "si fuera abundante la ración" (BIALET-MASSÉ, 1968, p. 341-342).

Las deficiencias alimentarias en el interior provincial, aunque más acusadas y difundidas en el noroeste, no eran patrimonio exclusivo de esta región, afectando también a muchos residentes en pleno sudeste cordobés, en el corazón de la pujante pampa agroexportadora. Aquí las dificultades coyunturales en el mercado laboral y/o en la producción cerealera solían acarrear una precarización de las condiciones de existencia de muchos trabajadores. Los períodos de sequía acarrearaban la pérdida total o parcial de la cosecha, impactando en todo el circuito económico y, mucho más directa e inmediatamente, en la vida de los productores agrícolas, de sus familias y de los trabajadores estacionales.

El inmigrante italiano Blas Casalis, en sus memorias, evoca los primeros tiempos de la vida de los colonos en la zona de San Francisco, en San Justo, señalando que "muchos perdieron su salud por falta de alimento de primera necesidad, que por carecer de dinero y de créditos" (MEMÓRIAS... 1986, p. 206). En la campaña agrícola 1901-1902, por la intensa sequía, en el departamento Tercero Arriba la situación de los productores y los jornaleros rurales era "lamentable", habiéndose visto "familias de colonos que se componían de doce miembros, y los que, en todo el año, sólo han tenido por alimento pan y mate cocido y una que otra vizcacha" (LA LIBERTAD, 1902a, p. 1). Muchos de los inmigrantes establecidos en Colonia Caroya, en los primeros tiempos de su asentamiento, experimentaron serios problemas para garantizar su supervivencia, porque la suspensión en 1879 del racionamiento entregado

por el Estado coincidió con una pésima cosecha, como lo señalaban en un petitorio dirigido al gobernador de la provincia: “hemos quedado ó muy pronto vamos á quedar todos, sin los recursos mas indispensables para vivir, por la sequía, la langosta y recién la lluvia, nos han privado toda cosecha que tan halagueña se había presentado desde un principio” (EL ECO... 1879, p. 2).

En el muy corto plazo pudieron solventar sus necesidades gracias al concurso de vecinos de Jesús María y la zona que, convocados por el comisario, aportaron harina de maíz, que éste distribuía entre los afectados por la dramática situación; el problema era la incertidumbre sobre el futuro inmediato, cómo iban a continuar atendiendo sus exigencias vitales hasta la cosecha siguiente (EL ECO..., 1879).

Una aproximación microanalítica también permite percibir las dificultades que enfrentaban los más pobres para garantizar su reproducción cotidiana. En ocasiones, los testimonios de casos individuales, nominados, permiten revelar una realidad social más amplia, que involucra a muchas personas y desborda la situación particular observada. Por ej., que al despuntar el siglo XX, vecinos de San Francisco atribuyeran -acertada o erróneamente- la decisión de suicidarse de un joven italiano de 28 años a que se sentía “acosado por las necesidades del hambre” (LA LIBERTAD, 1903b, p. 1), es un sutil indicio de que los beneficios de la expansión económica del sudeste provincial se distribuyeron de manera inequitativa, al punto que algunos carecían de los medios básicos de subsistencia, aun en el corazón de la zona cerealera agroexportadora de Córdoba.

Finalmente, un indicador significativo de los problemas alimentarios de un sector de la población es la presencia muy difundida en todo el período del abigeato cuyo producto se destinaba al consumo particular. Los autores de esta transgresión eran individuos de humilde posición socioeconómica, por lo común peones temporarios y productores de subsistencia, al igual que muchos de sus encubridores, quienes se beneficiaban con la entrega de una fracción del ganado robado. Es el caso de Cleto Miranda, un labrador del departamento norteño Santa María, cuya exigua manada se reducía a una vaca, una ternera y una yunta de bueyes, que “con lágrimas en los ojos”, declaraba haber sido partícipe del delito de abigeato “agoviado por la necesidad y

debido á la falta de subsistencia" (JUZGADO...1906a, p. L.8, E.5; JUZGADO... 1904, p. L.9, E.2).¹

LA ALIMENTACIÓN Y LAS ENFERMEDADES POR CARENCIA

La escasez dietaria es un nexo esencial con el estado sanitario de los sectores populares, porque algunas de las patologías de mayor incidencia en ellos, como muchas de las enfermedades infecto-contagiosas, la tuberculosis y la nutrición insuficiente, eran provocadas o, mucho más comúnmente, estimuladas en su desarrollo, por problemas alimentarios. Por supuesto, la asociación entre pobreza, enfermedad y alimentación era mucho más compleja, porque ésta interactuaba con las restantes condiciones materiales de vida y con las laborales, también poco satisfactorias en general entre los trabajadores, en especial entre los más pobres. Como expresa Ann Carmichael, la pobreza representa "un 'hambre oculta', una sobrecarga ambiental que crea las circunstancias favorables para unas infecciones múltiples y repetidas" (CARMICHAEL, 1990, p. 56). Nigro y Silva, en el informe referido sobre la situación de los trabajadores, señalaban sobre las mujeres dedicadas a la industria de la confección a domicilio en Córdoba:

en general se aprecia que su situación no es concorde con la cantidad de trabajo que ejecutan, es decir: alimentación casi siempre insuficiente, jornadas demasiado largas, viviendas estrechas y con carencia del más elemental y necesario confort para la vida modesta. A consecuencia de estos factores se debe, a nuestro juicio, la existencia en esta clase obrera, del surmenaje, la anemia y hasta la tuberculosis, que hacen sus víctimas en un campo propicio a su desarrollo. Jóvenes que en la plenitud de sus años, deberían acusar rostros alegres, y llenos de esperanzas, son en cambio pálidos y demacrados, expresando en su lánguida mirada la ausencia completa de salud y bienestar (NIGRO; SILVA, 1998, p. 318-319).²

¹ Hacia 1901, dos jornaleros acusados por abigeato, que habían participado en el faenamiento del ganado robado, expresaron ante las autoridades que habían concurrido "lo más por achuras porque son pobres". Sobre este tema puede verse: Moreyra y Remedi (2006).

² Otro testimonio de idéntico tenor y sobre el mismo sector social es provisto por un informe de la Oficina del Trabajo de la provincia de 1913 (LUDEWIG, 1913). Sobre la misma cuestión puede verse *El trabajo de la mujer. Compensación a la labor desarrollada* (1916).

De aquí que las patologías reseñadas, entre otras, eran verdaderas *enfermedades sociales*, íntimamente vinculadas en su origen y/o desarrollo a las condiciones de existencia de los sectores populares. Este reconocimiento ya había sido formulado en repetidas ocasiones por los contemporáneos, muy en especial por los higienistas, como el médico municipal Modesto Leyba en 1872 (MUNICIPALIDAD, 1872) o el doctor Maximino Simián en 1917, por citar sólo dos ejemplos, separados por una considerable brecha temporal. Como señalaba este último facultativo, “entre los padecimientos en cuya etiología intervienen de modo directo o indirecto el individuo mismo, hay algunos que por sus relaciones tan estrechas con el estado social, se les ha designado con el nombre de ‘enfermedades sociales’”; inmediatamente a continuación agregaba:

La lista de éstas debería ser encabezada por el ‘hambre’ en su forma lenta, crónica, que padece una buena parte de nuestra buena población y que la tiene, como es sabido, en un lamentable estado de miseria fisiológica, una de las causas más eficientes de nuestra morbilidad y mortalidad generales (LOS PRINCIPIOS, 1917, p. 2).

Como apuntaba el mismo médico, “una semilla determinada no prospera en cualquier terreno”, sí en uno minado por la mala alimentación, fácil presa de las enfermedades infecto-contagiosas. En este sentido, frente a la aparición de casos de escarlatina en la ciudad de Córdoba y sus suburbios, los ediles de la Comisión de Higiene consideraban que aquellas afecciones encontraban facilidades para diseminarse entre la población “por el medio propicio que ofrecen nuestras clases pobres, debido a las malas condiciones en que viven, por su habitual falta de aseo personal, insuficiente alimentación y viviendas absolutamente inadecuadas” (DOCUMENTOS, 1903, f.58r).

A su vez, la interacción de una alimentación escasa y deficiente con una vivienda precaria tipo rancho permiten explicar, en parte, la mayor vulnerabilidad orgánica de los habitantes del noroeste, fácil presa del paludismo (*chucha*), que hacia fines de 1896 e inicios del año siguiente adquirió contornos de epidemia en los departamentos San Javier, San Alberto y Cruz del Eje. En términos genéricos, la presencia del paludismo está estrechamente ligada a factores ambientales, en especial, la existencia de lagunas y aguas estancadas y contaminadas; a la vez, la deficiente alimentación debilita los organismos, disminuye sus defensas y los vuelve

proclives a la afección palúdica (GAONA PISONERO, 1999).³ Estas condiciones generales estaban presentes en el noroeste provincial, como mínimo en Pocho, Minas, San Javier, San Alberto y Cruz del Eje, donde existía un ámbito natural propicio para la difusión del mosquito que actuaba como transmisor de los gérmenes causantes de la patología. Las características del suelo de esos parajes, la presencia de lagunas de aguas estancadas, la humedad pluvial, la formación de pantanos y las altas temperaturas se conjugaban para crear un medio apropiado para el anofeles; las precarias condiciones de existencia de muchos habitantes de la zona y el contagio hacían el resto, como lo hacían notar los doctores Ignacio Martínez y Arturo Lanza Castelli en su informe sobre el *chucho* en la sierra, de 1897, tras su inspección por Cruz del Eje, San Javier, Pocho y Minas, donde señalaban sobre los enfermos palúdicos que habían observado:

A primera vista, parecían haber sido atacados por una enfermedad muy seria, pues se manifestaban, en su totalidad, demacrados, pálidos, anémicos, extenuados, de andar vacilante y perezoso, sin fuerzas de locomoción e imposibilitados hasta para el más ligero trabajo. [...] Todas las víctimas ocasionadas, han sido gentes pobres, de edad avanzada, que se alimentaban mal, se vestían peor y vivían en ranchos incómodos y desabrigados (GARZÓN MACEDA, 1917, p. 665-666).

Así, en la zona afectada, las víctimas predilectas del paludismo eran los más pobres, menos inmunes por sus deficientes condiciones de vida. Hacia 1902, en medio de un brote palúdico en la localidad de Cruz del Eje, se consideraba que en todas las casas había una o más personas postradas en cama por el *chucho*, pero que esto acontecía entre “las gentes acomodadas, pues en las clases menesterosas los atacados del mal son muchos, a causa de la poca higiene, mala alimentación y falta de recursos” (LA LIBERTAD, 1902b, p. 1). Ese año, el paludismo epidémico también hizo su aparición en los departamentos Colón, Totoral, Ischilín e incluso llegó al distrito Capital, declarándose muchos casos en Las Rosas, San

³ Gaona Pisonero considera que el mayor efecto que tienen determinados procesos infecciosos sobre las capas de la población peor nutridas es lo que contribuye a entender los altos índices de mortalidad y morbilidad por paludismo en España desde el siglo XVIII hasta el XX.

Martín, La Toma y San Vicente dentro de la ciudad de Córdoba (GARZÓN MACEDA, 1917, p. 668).⁴

Con brotes epidémicos en distintas ocasiones en el período, el paludismo fue una patología endémica en la región serrana (GARZÓN MACEDA, 1917; LOS PRINCIPIOS, 1930; ARGUELLO LENCINAS, 1998), porque los factores que explicaban su presencia y difusión permanecían. En 1929, tras una gira por Pocho y Minas, el doctor Abdón Pereyra -inspector del Consejo de Higiene de la provincia- se mostraba seriamente preocupado por las previsibles consecuencias que podía tener la tuberculosis si, pese a sus buenas condiciones climáticas, llegaba a esos parajes, debido a las bajas defensas orgánicas de la población por la mala e insuficiente alimentación, todo lo cual creaba un campo propicio para las enfermedades, en especial las infecto-contagiosas y la tuberculosis (LA VOZ DEL INTERIOR, 1929). Un decenio después, los riesgos y problemas sanitarios persistían, porque la situación social del grueso de los pobladores del noroeste prácticamente había permanecido inalterada desde la visita del doctor Pereyra; en este punto, las palabras del doctor Guillermo Stuckert -director del Consejo de Higiene provincial-, con motivo de la inauguración en 1937 de la Estación Sanitaria del Noroeste, eran sumamente esclarecedoras:

el problema de la salubridad no sólo abarcaba las afecciones contagiosas, sino que se le debía otro factor causal de graves trastornos, el de la hipoalimentación crónica de un enorme porcentaje del pueblo. [...] Hay causas lejanas de una resistencia disminuida de los organismos a las infecciones. [...] es preciso encontrar soluciones a la miseria, por lo cual se acentúa todo estado morbos. El hambre y la sed no se resuelven con paliativos momentáneos de comidas y de agua, hay que desterrar estos espectros creando el trabajo remunerador (MOREYRA; REMEDI; roggio, 1998, p. 516-521).

Cuando la debilidad y las deficiencias nutricionales afectaban a las futuras madres, también repercutían sensiblemente en la salud de los recién nacidos. Esto, combinado con las exigencias de mantener hasta último momento una actividad remunerada para proveer a la supervivencia y las deficientes condiciones laborales frecuentes en la

⁴ En la memoria de la actividad desplegada por la Administración Sanitaria y Asistencia Pública de la municipalidad de Córdoba se señala que dentro de la repartición fueron atendidos 389 casos de paludismo en 1902 (MEMÓRIA... 1998, p. 77-78).

época, son algunos factores fundamentales para explicar la alta tasa de mortalidad infantil en la Córdoba de entre siglos, en especial la neonatal. Una muestra evidente de ello es que, según el doctor José M. Álvarez, en la década de 1890, de los niños de uno a treinta días el 42% fallecía de atrepsia y el 15% por falta de desarrollo (ÁLVAREZ, 1896). Los que sobrevivían a esta experiencia seguramente se contaban entre aquellos asistidos por la Gota de Leche de la ciudad de Córdoba cuyo director caracterizó como “viejitos en miniatura”, por el estado de desnutrición que presentaban al llegar al establecimiento (DOCUMENTOS, 1906, f. 363r). Al respecto, un periódico es por demás explícito:

Madres débiles, con tuberculosis o con principio de enfermedad pulmonares, que no pueden alimentarse ni tener el sociego corporal que reclama su estado ni la paz que necesitan para que el ser concebido no padezca desde antes de venir al mundo, tienen que dar criaturas enfermiza, carne doliente, pasto de tumbas. [...] hay que decirlo de una vez y con todas las letras, el mal que lleva mayor cantidad de niños a la tumba en nuestra ciudad, es el hambre, la falta de nutrición. ¿Qué alimento pueden darle a sus hijos esas pobres desvalidas mujeres que se mantienen con mate y pan? Lo que segreguen sus pechos tendrá que ser agua y no la cantidad de vitaminas que necesita para su desarrollo una criatura (LA VOZ DEL INTERIOR, 1924, p. 4).

Las deficiencias alimentarias en la población infantil comprendían a los niños pequeños y también se extendían a muchos otros de mayor edad, que asistían a la escuela y/o participaban ya del mundo del trabajo. En 1919, la directora de la escuela fiscal General Belgrano, de la ciudad de Córdoba, solicitó permiso a sus superiores para poner en marcha en el establecimiento la *copa de leche*, por las insuficiencias alimentarias que percibía en muchos de los alumnos, “niños sumamente débiles por la falta de alimentación”, hijos de “familias obreras, cuyos jefes, la mayor parte faltos del trabajo, viven de la caridad pública” (LOS PRINCIPIOS, 1919a, p. 2).

Por lo común, los testimonios directos y concluyentes sobre subalimentación son muy raros, aunque a veces se encuentran algunos, cualitativos, que son preciosas *perlitas* en un océano de datos que permiten acercarse un poco más a lo vivido cotidiano. Es el caso de una causa judicial que involucró a un niño de unos ocho a diez años, criado por una pareja muy pobre -él jornalero, ella lavandera-, que en 1906

vivían en un rancho erigido sobre un terreno prestado, en el departamento Río Segundo. El niño era golpeado de manera reiterada por sus padres adoptivos, como reprimenda porque -según éstos- les robaba comida, por los malos hábitos que tenía incorporados, ya que "el chico estaba bien comido siempre." Según la declaración, la madre adoptiva expresó ante el juez:

"Que su esposo Angel Díaz le había sabido pegar al chico porque les sacaba cosas de comida que la declarante y su esposo guardaban; que el chico era mal enseñado y querían quitarle esa costumbre de alzar las cosas sin que le dieran. [...] que el chico estaba bien comido siempre y que era de mal acostumbrado nomás eso que se sacaba la comida guardada" (JUZGADO... 1906b, p. L. 9, E. 5, subrayado del autor).

Estas afirmaciones de la madre adoptiva, en lo relativo a la situación alimentaria del niño, contrastan abiertamente con las apreciaciones de los médicos del Consejo de Higiene, quienes -tras la revisión física del infante- señalaron sobre el estado de éste en su informe: "Actualmente se presenta bajo el aspecto de un niño físicamente mal desarrollado, y de notable pobreza orgánica" (JUZGADO... 1906b, p. L. 9, E.5).

Desde mediados o fines de la década de 1910, en varias escuelas de la ciudad de Córdoba y de algunas localidades del interior provincial se pusieron en marcha la Copa de Leche y la Miga de Pan, que ofrecían a diario un suplemento dietario a los escolares; dichas instituciones por lo común surgieron por iniciativa del personal directivo de las escuelas y eran sostenidas con fondos de asociaciones civiles, muy especialmente benéficas (LOS PRINCIPIOS, 1919a; 1919b; EL PUEBLO, 1924a; 1924b). El personal docente estaba en contacto directo y cotidiano con los niños escolarizados, lo cual redundaba en un conocimiento de su universo vital, incluidas sus condiciones de vida y las de su núcleo familiar, reforzado por eventuales visitas domiciliarias que convertían a la maestra en una especie de asistente social *sui generis*. La penetración de las docentes en los hogares de sus alumnos les permitía constatar *de visu* las condiciones en las cuales desenvolvían su vida cotidiana, estableciendo luego una estrecha relación entre ellas y el comportamiento en la escuela y, en particular, en el proceso de aprendizaje. Las maestras no soslayaron la consideración de las deficiencias alimentarias, estableciendo una sólida vinculación entre ellas, la situación sanitaria de los niños y las dificultades en el aprendizaje, como se desprende del informe elevado a sus

superiores por la directora de una escuela fiscal de la ciudad de Córdoba, que señalaba:

Hay niños que diariamente piden retirarse antes de hora por encontrarse enfermos, pues el desgaste producido por las lecciones del día, obra directamente sobre ese organismo endeble y raquítico privando a esos alumnos de la última hora de clase.

Son muchos los alumnos que faltan a clase cuya causa he comprobado personalmente en mi visita a sus domicilios al dar ellos parte de enfermos, y es, señor inspector, la falta de alimentos que tiene postrados a estos pobres niños privándolos de la instrucción tan necesaria para su perfeccionamiento moral como también del aire y de la luz elementos indispensables para su desarrollo físico (LOS PRINCIPIOS, 1919a, p. 2).

Este género de situaciones cotidianas y la incidencia que se les atribuía en la evolución futura de los niños, en el aprendizaje y en el desarrollo de las condiciones intelectuales estimularon la creación de las citadas copas de leche y migas de pan en las escuelas. Clodomira Vera, presidenta de la cooperadora de la escuela normal de Río Cuarto, con motivo de la instalación de la copa de leche, consideraba a este acto como dotado de un "alto significado educacional", porque "después del desgaste de energías durante dos o tres horas" el educando necesitaba "recuperar fuerzas, nutrir su cuerpo para que la mente funcione con normalidad y el desequilibrio no se opere" (EL PUEBLO, 1924b, p. 3-4). Pero la copa de leche tenía otras connotaciones, que iban más allá de la salud física y la evolución intelectual de los niños y concernían al desarrollo en ellos de un sentimiento de solidaridad que los hermanara con sus pares de todas las clases sociales y así contribuyera a superar, en el futuro, la conflictividad social que cruzaba a la sociedad de la época y amenazaba con disolverla. Esto puede inferirse con claridad de las palabras de la aludida Clodomira Vera cuando la puesta en marcha de la copa de leche, ocasión en la que expresó:

Esa copa de leche y ese panecillo insignificante al parecer, preparan al futuro ciudadano bajo tres aspectos: protegen la salud, o cuidan de su cuerpo; vigorizan la mente y evoluciona; cultivan los sentimientos en el esfuerzo común, en el espíritu de solidaridad, ayuda mutua, cuestiones todas de actuación para resolver el problema de defensa social (EL PUEBLO, 1924b, p. 3-4).

Los niños no estaban eximidos del flagelo de la tuberculosis, pero su impacto era mucho más vigoroso entre los adultos, con un pico entre los 20 y 30 años. En la ciudad de Córdoba, la tuberculosis tuvo una incidencia creciente como causal de defunción en los fallecimientos acaecidos en las primeras décadas del siglo XX, como se muestra a continuación.

Cuadro 1: Participación relativa de las defunciones atribuidas a la tuberculosis en la ciudad de Córdoba, 1900-1925 (%)

Año	1900	1905	1910	1915	1920	1925
Porcentaje	6,37	8,96	10,19	10,08	15,73	19,39

Fuente: Anuario de la Dirección General de Estadística de la Provincia de Córdoba, 1900, 1905, 1910, 1915, 1920, 1925.

Tuberculosis y pobreza estaban íntimamente enlazadas. Esta patología hacía sus víctimas entre todos los grupos sociales, pero mostraba marcada predilección por los sectores populares y, dentro de ellos, por los más pobres: jornaleros y trabajadoras a domicilio (costureras, lavanderas, mucamas). Aquí, la precariedad de las condiciones de existencia y de trabajo es una de las variables fundamentales para explicar su presencia y su difusión por contagio. En general, la cotidianidad de los trabajadores afectados estaba marcada por la alimentación insuficiente, la vivienda pequeña, precaria y poco higiénica -por sus caracteres materiales de construcción-, el hacinamiento -que favorecía el contagio- y extenuantes jornadas laborales. El meduloso trabajo del doctor Gumersindo Sayago sobre la tuberculosis en Córdoba es contundente al respecto:

La alimentación insuficiente de las masas obreras, originada por el encarecimiento de la vida, ha sido un hecho que hemos encontrado presente en la mayoría de los tuberculosos que hemos asistido en el Hospital "Tránsito C. De Allende", y él se repite con desconsoladora constancia en los enfermos de la campaña. La vivienda antihigiénica es por regla general la que ha ocupado el tuberculoso durante su vida y el hacinamiento en sus habitaciones es lo más frecuente, al extremo de alcanzar a un 65.8% sobre 300 tuberculosos cuya situación higiénica social nos tocó estudiar. La jornada de trabajo abusiva se repite a cada paso en nuestros enfermos, los cuales en un 54.1%, trabajan entre 10 y 16 horas diarias. Los salarios reducidos coincidiendo con las profesiones más penosas, acompañan habitualmente a

casi todos los tuberculosos y este último hecho, queda plenamente demostrado en el presente trabajo (DIARIO DE SESIONES... 1921, p. 1002-1003).

Estos pobres estaban atrapados en un círculo vicioso, porque la deficiente alimentación minaba sus resistencias físicas y facilitaba el progreso de la enfermedad, mientras que la terapéutica aconsejada por la medicina académica para estos casos prescribía, entre otras cosas, una dieta abundante y variada, con significativa cantidad de proteínas, ajena a las posibilidades reales de la mayoría de los afectados. La dieta era concebida como crucial en la recuperación de los tuberculosos, como lo destaca Esther, una figura literaria que encarna el papel de una niña afectada por la patología en una pequeña obra *pedagógica* del doctor Juan F. Cafferatta; en ella, Esther, sometida a tratamiento médico, alude a la dieta que forma parte de él, expresando:

La alimentación fué escrupulosamente vigilada. El estómago es la plaza fuerte del tuberculoso y es necesario conservarlo con el máximun de su potencia digestiva si se quiere hacer tratamiento eficaz. Con tacto y prudencia llegué á ingerir una cantidad de alimento superior á lo ordinario, que no sólo bastaba á mantener el equilibrio entre las entradas y las pérdidas, sino que permitía almacenar materiales de reserva. El médico había aconsejado que era menester engrosar y para engrosar era previa la sobrealimentación. Felizmente, el aire de la montaña tiene la virtud de estimular el apetito y sólo me cuidaba de evitar los alimentos condimentados ó de difícil digestión, usando de los demás en la mayor cantidad y orden posible. En primer término la leche, que cuando el enfermo la tolera es un alimento irremplazable; un litro ó litro y medio constituían al día mi ración ordinaria; [...] Después de la leche el pan y toda clase de manjares feculentos y grasos, los huevos y la carne, los dulces y golosinas. Todas las noches formaba mi menú variándolo frecuentemente para evitar el hastío y repugnancia, [...] (LOS PRINCIPIOS, 1910, p. 7).

Definitivamente, para los más humildes, una terapéutica de este género era parte del mundo de lo imposible. El testimonio más explícito y contundente que hemos encontrado de esta situación corresponde a los albores de la década de 1900, pero conserva plena vigencia en la realidad para todo el período; un cronista de La Libertad apuntaba:

He presenciado en estos días desfiles casi diarios de muchachos y muchachas tuberculosos por la Asistencia Pública y los hospitales. El médico examina y da la receta: comer carnes gordas, jamones, tomar leche, irse al campo, etc., etc.; y no hay más que ofrecer -¡Carnes gordas, jamones, leche, etc., etc., a los que apenas si dos terceras partes de los días del año se han acostado con el estómago satisfecho! Vuelven a cualquier parte, [...] y siguen entregados a las faenas diarias: lavar la ropa ajena, que se seca al lado del rancho; manufacturar cigarrillos ordinarios que tienen un enorme consumo, fabricar caramelos que chupan todos los chicos del pueblo; hacer toda clase de labores de mano para novia, secar sobre catres, de limpieza más que hipotética, higos y duraznos que se venden en la ciudad, hacer bollos y bizcochos que acompañan al mate diario, y seguir, las pobres muchachas, comerciando con la doliente carne que se muere (LA LIBERTAD, 1903a, p. 1).

En el transcurso de la Primera Guerra Mundial, la evidencia empírica muestra una íntima correlación entre el retroceso en el consumo cárnico promedio y el incremento de la mortalidad por tuberculosis. En ese lapso, los sectores populares experimentaron una sensible *precarización de la dieta cotidiana*, un empobrecimiento cuanti-cualitativo de su ingesta alimentaria, por el retroceso en el consumo de carne y su sustitución por artículos menos nutritivos, el desmejoramiento de las condiciones de los productos y la caída en el volumen total de comestibles a los que pudieron acceder efectivamente. Para los más pobres, la guerra trajo una sensible retracción en su ingesta cotidiana global, dando origen a fenómenos de subalimentación.⁵

Cuando la víctima de la tuberculosis era alguien que disponía de recursos suficientes para solventar los costos de la *receta* del facultativo, las posibilidades de recuperación eran mucho mayores. Para ello existían los servicios de empresas que ofrecían pasar el tiempo de restablecimiento de la salud gozando de la naturaleza y la tranquilidad de las sierras cordobesas, junto con una dieta reforzada con una exuberante cantidad de proteínas animales, amén de las pertinentes prestaciones sanitarias. En este punto es muy ilustrativa una propaganda aparecida en un periódico:

⁵ Un análisis detallado del impacto alimentario de la Primera Guerra Mundial en Córdoba en: Remedi (2003).

Se reciben personas que por prescripción médica deban trasladarse al campo. Tratamiento indicado por los más recientes adelantos de la ciencia, bajo un régimen de alimentación especial y aire puro. Abundancia de carnes, huevos, leche todo fresco y de la mejor clase. Resultados verdaderamente sorprendentes. Por más datos, dirigirse a: Huerta Chica. La Cumbre F.C.C. y N.O (LA LIBERTAD, 1909, p. 2).

Sin embargo, en los casos en que la terapéutica alimentaria se inscribía dentro del universo de los posibles del enfermo, ella podía ser contraproducente, porque la deficiente calidad de los comestibles solía atender contra el estado sanitario general de los enfermos, provocándoles nuevas afecciones o estimulando las preexistentes. Esta amenaza hacía sus víctimas predilectas en los enfermos y los sanos con organismos más vulnerables: los niños y los ancianos. La leche representa el caso más significativo, porque formaba parte de las prescripciones médicas en las patologías más difundidas de la época -gastrointestinales y tuberculosis, además de los casos de desnutrición o falta de desarrollo- y estaba integrada al régimen alimentario de los tres sectores de la población señalados: los enfermos, los niños y los ancianos. La cuestión era grave, tanto que algunos médicos se abstendían de prescribir leche a los enfermos (DOCUMENTOS, 1929). Los consumidores de leche se exponían al riesgo de contagio de tuberculosis, porque parte de los planteles vacunos de los tambos que abastecían a la ciudad de Córdoba estaban afectados por dicha patología. Para el doctor Antonio Nores, este hecho ofrecía una explicación a la difusión local de la tuberculosis abdominal en el período (LOS PRINCIPIOS, 1916). En los albores del siglo XX, sobre 2.208 vacas tuberculinizadas, de los tambos de la ciudad, el 71% estaban sanas y el resto se distribuía casi por partes iguales entre animales tuberculosos y los sospechosos de serlo; los funcionarios municipales que brindaron estos datos no omitieron señalar que una porción de las vacas que proveían de leche a la ciudad habían eludido los controles y la tuberculinización (LA PATRIA, 1901, p. 2). En otros casos, el vehículo de contagio eran prácticas muy arraigadas, concretamente, el consumo social de mate con bombilla, la "cuchara de microbios", como la estigmatizó un médico local. Aunque el mate gozaba de amplia difusión social, su uso -en cantidad y frecuencia- era mucho más significativo entre los pobres, quienes, a la vez, soportaban una mayor incidencia de la tuberculosis y, mediante dicho hábito, propendían a difundirla entre sus

allegados y contactos ocasionales (LOS PRINCIPIOS, 1911, p. 5; EL PUEBLO, 1922).

A MODO DE SÍNTESIS

En la Córdoba de entre siglos, los pobres consumían menos, tal como se ha puesto en evidencia principalmente mediante el análisis detallado de un pequeño conjunto de canastas de consumo de familias de los sectores populares de la ciudad de Córdoba, el cual permitió demostrar, además, la existencia de una mayor diversidad y riqueza del régimen alimentario de los trabajadores más favorecidos con respecto a los más modestos dentro del sector. Las deficiencias alimentarias se extendían al interior provincial, donde eran más acusadas y difundidas en la región noroeste, pero también afectaban a muchos residentes en el sudeste, en plena pampa agroexportadora.

En suma, crónica o eventual, la escasez alimentaria formó parte de la existencia cotidiana de muchas familias de los sectores populares en las primeras décadas del siglo XX, aunque su intensidad y difusión social evidenciaron fluctuaciones conforme variaron las coyunturas económicas. Por otra parte, la situación de escasez dietaria estaba íntimamente ligada con el estado sanitario de los sectores populares, entre otras cosas, porque un cuerpo minado por una alimentación deficiente era más fácil presa de las enfermedades infecto-contagiosas. La escasez alimentaria impactaba en la salud ocasionando o favoreciendo diversas *enfermedades sociales* y ella era el resultado, sobre todo, de la desigual distribución del ingreso, que condicionaba significativamente el acceso efectivo a las subsistencias, en el marco de un orden liberal-conservador donde el mercado desempeñaba un papel esencial y creciente como mecanismo de asignación de los bienes y servicios disponibles y el bienestar era concebido, ante todo, como una responsabilidad individual.

Es evidente que el derrame del intenso y sostenido crecimiento económico de la Córdoba agroexportadora de fines del siglo XIX e inicios del XX no empapó a todos por igual; el incremento general del bienestar que produjo se distribuyó muy desigualmente entre los distintos sectores sociales, como se hizo evidente al considerar las condiciones sociales de la expansión económica, en concreto, una dimensión esencial de la vida material como es la alimentación. El notable incremento del volumen y de la diversidad de las disponibilidades locales de comestibles fue mucho más efectivamente aprovechado por quienes estaban mejor

ubicados en la jerarquía social, existiendo significativas diferencias incluso dentro de los sectores populares.

REFERENCIAS

ÁLVAREZ, J. M. *La lucha por la salud*. Buenos Aires: Imprenta de la Lotería Nacional, 1896.

ARGÜELLO LENCINAS, R. Informe de la labor realizada por la Estación Sanitaria del Noroeste: 1° de enero de 1938. In: MOREYRA, B.; REMEDI, F. J.; ROGGIO, P. (Comp.). *El hombre y sus circunstancias*: discursos, representaciones y prácticas sociales en Córdoba, 1900-1936. Córdoba: Centro de Estudios Históricos, 1998. p. 521-528.

BIALET-MASSE, J. *Estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, 1968.

CARMICHAEL, A. G. Infección, hambre oculta e historia. In: ROTBERG, R.; RABB, T. (Comp.). *El hambre en la historia*. Madrid: Siglo XXI, 1990. p. 56.

Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba, Córdoba, 1921. p. 1002-1003.

DOCUMENTOS. Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba, Córdoba, 1903. f. 58r.

_____. Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba, Córdoba, 1906. t. 2, f. 363r.

_____. Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba, Córdoba, 1929. t. 2, f. 118r.

EL ECO DE CÓRDOBA. Córdoba, 24 abr. 1872a.

_____. Córdoba, 10 oct. 1872b

_____. Córdoba, 12 oct. 1872c .

_____. Córdoba, 16 dic. 1880.

_____. Córdoba, 30 abr. 1879. p. 2.

GAONA PISONERO, C. La alimentación como variable a tener en cuenta en los estudios de desarrollo rural. In: CONGRESO INTERNACIONAL: ALIMENTACION Y CULTURA, 1998, Huesca. *Actas...* Huesca: Museo Nacional de Antropología, 1999. v. 2, p. 759.

GARZON MACEDA, F. *La medicina en Córdoba: apuntes para su historia*. Buenos Aires: Tall. gráf. Rodríguez Giles, 1917. t. 3.

JUZGADO del crimen de capital. *Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, n. 1, p. L. 8, E. 5, 1906a.

_____. *Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, n. 1, p. L. 9, E. 2, 1904.

_____. *Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, n. 2, p. L. 9, E. 5, 1906b.

LA LIBERTAD. Córdoba, 20 nov. 1900. p. 1.

_____. Córdoba, 24 ene. 1902a. p. 1.

_____. Córdoba, 17 feb. 1902b. p. 1.

_____. Córdoba, 07 abr. 1903a. p. 1

_____. Córdoba, 11 sep. 1903b. p. 1.

_____. Córdoba, 23 sep. 1909. p. 2

LUDEWIG, J. H. Informe del estado actual del trabajo a domicilio de mujeres y niños en la capital de la provincia. *Anuario de la Dirección General de Estadística de la Provincia de Córdoba*, Córdoba, p. 355-371, 1913.

MEMORIA de la Administración Sanitaria y Asistencia Pública, correspondiente al año 1902. In: MOREYRA, B.; REMEDI, F. J.; ROGGIO, P. (Comp.). *El hombre y sus circunstancias: discursos, representaciones y prácticas sociales en Córdoba, 1900-1936*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos, 1998. p. 77-78.

MEMORIAS inéditas de Don Blas Casalis: testimonio de uno de los pioneros de la colonización de San Francisco. San Francisco: [s.n.], 1986.

MOREYRA, B.; REMEDI, F. J. Las cosas de todos los días en los espacios rurales de Córdoba a comienzos del siglo XX. *Anuario IEHS*, Tandil, n. 20, 2006.

MUNICIPALIDAD. *Archivo Histórico de la Municipalidad de Córdoba*, Córdoba, 1872. f. 61r-62v.

NIGRO, J.; SILVA, R. Informe sobre la situación general de algunos gremios obreros en la ciudad de Córdoba. In: MOREYRA, B.; REMEDI, F. J.; ROGGIO, P. (Comp.). *El hombre y sus circunstancias: discursos, representaciones y prácticas sociales en Córdoba, 1900-1936*. Córdoba: Centro de Estudios Históricos, 1998. p. 316-342.

LA PATRIA. Córdoba, 21 ene. 1901. p. 2.

LOS PRINCIPIOS. *Córdoba*, 18 mayo 1910. p. 7.

_____. *Córdoba*, 28 jun. 1911. p. 5.

_____. *Córdoba*, 01 ene. 1916. p. 2.

_____. *Córdoba*, 26 abr. 1917. p. 2.

_____. *Córdoba*, 06 ago. 1919a. p. 2

_____. *Córdoba*, 19 sep. 1919b. p. 2, 8.

_____. *Córdoba*, 13 mayo 1930. p. 1.

EL PUEBLO. *Córdoba*, 01 jun. 1924a. p. 4.

_____. *Córdoba*, 03 jun. 1924b. p. 3-4.

_____. *Córdoba*, 09 nov. 1922. p. 3.

REMEDI, F. J. La sociedad en la guerra: alimentación y Primera Guerra Mundial en Córdoba (Argentina). *Prohistoria*, Rosario, n. 7, 2003.

EL TRABAJO de la mujer: compensación a la labor desarrollada. *La Voz del Interior*, Córdoba, 13 ene. 1916. p. 8.

LA VOZ DEL INTERIOR. *Córdoba*, 09 ago. 1924. p. 4

_____. *Córdoba*, 10 abr. 1929. p. 8.